

y fué al Monte Valerien; el segundo á las cinco, y fué á Mazas; el tercero á las seis y media, y se dirigió á Vincennes.

Como la operacion se prolongaba, los que no habian sido aun llamados se instalaron en los colchones y procuraron dormir. Por eso se notó que en las altas salas habia mucho silencio. En uno de estos instantes de silencio, Bixio, incorporándose en el colchon y en voz alta, exclamó:—“¿Señores, qué opinais de la obediencia pasiva?” Le respondió una carcajada general. Otra voz gritó:—“Romieu será senador.” Emilio Beau le preguntó:—“Y qué harán del espectro rojo?”—“Se ordenará de sacerdote y se convertirá en espectro negro.” respondió Antony Thouret.

Otras frases que han propalado los historiografos del 2 de Diciembre no se pronunciaron allí. Marc Dufraisse no dijo nunca las frases con que los partidarios de Luis Bonaparte han querido cubrir el crimen de éste:—*Si el presidente no manda fusilar á todos los que le resistamos, no conoce sus verdaderos intereses.* Estas frases vienen como de molde para el golpe de Estado, pero son falsas en la historia.

El interior de los coches celulares estaba alumbrado, y cuando entraron en ellos los representantes no cerraron los respiraderos de sus jaulas. Por eso Marc Dufraisse pudo ver por el ventanillo á M. de Remusat en la celda que estaba enfrente de la suya. Remusat subió acompañado de Duvergier de Hauraune.

—Si alguno me hubiera dicho, exclamo Duvergier cuando tropezó con su compañero en el pasadizo del coche: Ireis á Mazas en coche celular, hubiera yo contestado: Eso es inverosímil; pero si me hubiera dicho: Ireis con Marc Dufraisse, hubiera replicado: Eso es imposible.

Cuando un coche estaba lleno, montaban en él cinco ó seis agentes, que se quedaban de pié en el pasadizo; cerraban la portezuela, levantaban el estribo y el vehículo echaba á andar.

Despues de llenos todos los coches celulares, amontonaron rudamente en ómnibus á los representantes que quedaban. El coronel Forey, montado, presidia y dirigia el acto. El duque de Montebello, al poner el pié en el estribo del último coche, le dijo:—*Hoy, aniversario de la batalla de Austerlitz, el yerno del mariscal Bugeaud manda subir en el coche de los presidiarios al hijo del mariscal Lannes,*

Al cargar el último ómnibus, notaron que tenia diez y siete asientos y que quedaban diez y ocho representantes. Los más listos entraron los primeros. Antony Thouret, que por su peso equilibraba él solo á toda la derecha, que tenia tanto ingenio como Thiers y tanto vientre como Murat, que era grueso y calmoso, llegó el último. Cuando llegó á la puerta del ómnibus, al verle se sobresaltaron todos. Dónde iba á colocarse?

Antony Thouret vió entonces en el fondo del ómnibus á Berryer; se fué recto á él, se sentó sobre sus rodillas y le dijo con calma:—Habeis querido la opresion, señor Berryer; pues aquí la teneis.

XV.

Mazas.

Los coches celulares que los lanceros escoltaron hasta Mazas fueron recibidos allí por otro escuadron de lanceros.

Los representantes bajaron de los coches uno á uno. El oficial que mandaba la escolta estaba de pié al lado de la portezuela y los miraba bajar con curiosidad de idiota.

Mazas, que ha reemplazado á la cárcel de la Fuerza, hoy ya demolida, es una inmensa construccion rojiza, emplazada cerca del andén del ferro-carril de Lyon, en los terrenos baldíos del arrabal de San Antonio. Vista de lejos, parece de ladrillo; pero de cerca se vé que está construida con piedras cubiertas de argamasa. Seis grandes cuerpos del edificio, de tres pisos, reúnen el punto de partida y se extienden alrededor de una rotonda, que constituye el fondo comun, y están separados por patios, que van ensanchándose á medida que los cuerpos del edificio se separan del centro; están recortados por muchas ventanillas que dan luz á las celdas, y les rodea una muralla alta. De la rotonda se levanta una especie de minarete, que es la garita de observacion. En la planta baja hay una sala redonda que está destinada á archivo. En el primer piso está la capilla, en la que un sacerdote dice misa para todos; y además está el observatorio, en el que un solo vigilante puede celar las puertas de todas las galerías. Los cuerpos del edificio se llaman divisiones. Los patios están cercados por altas murallas y los recortan multitud de paseitos oblongos.

A medida que cada representante ba-

jaba del coche, le conducian á la rotonda, donde estaba el archivo. Allí le tomaban el nombre y apellido y en cambio le entregaban un número. En aquella prision se seguia la misma práctica con los legisladores que con los ladrones; el golpe de Estado lo confundia todo. Despues de numerados y de apuntados, despedian á los representantes diciéndoles: “Idos ó subid.”, y al llegar al fin del corredor, les anunciaban el sitio adonde eran destinados. El prisionero subia solo ó seguia adelante, y al llegar á su departamento se encontraba con el carcelero, que estaba junto á la puerta abierta y que le decia:—“Aquí, señor.” El prisionero entraba y el carcelero cerraba la puerta.

El golpe de Estado tuvo para los representantes prisioneros procedimientos distintos: á los de la derecha, que queria halagar, los condujo á Vincennes; á los de la izquierda, que odiaba, los encerró en Mazas. Los de Vincennes ocuparon las habitaciones de M. de Montpensier, que abrieron expresamente para ellos. Les sirvieron una comida excelente, estuvieron todos juntos, tuvieron bujías, lumbre, sonrisas y genuflexiones del gobernador, que era el general Courtigis. A los de Mazas ahora veremos cómo les trató.

El coche celular los depositó en la prision; pasaron de una caja á otra. En Mazas, un oficial los registró, los midió y los apuntó en el archivo como si fueran forzados. Despues que pasaron del archivo, condujeron á cada uno por una galería, suspendida y oscura, bajo una larga bóveda húmeda, hasta una puerta estrecha, que se abrió bruscamente. Al llegar allí, el carcelero les empujaba por las espaldas y les cerraba la puerta.

El representante se hallaba entonces en una habitacion pequeña, larga, estrecha y oscura, que en el idioma circunspeto que hoy hablan las leyes se llama “celda.” El medio dia de Diciembre solo producía allí una media claridad crepuscular. En una extremidad habia una puerta con ventanillo; en otra, cerca del techo, á la altura de diez ó doce piés, se veía una vidriera acanalada. Dicha vidriera turbaba la vista, impidiendo ver el azul ó el gris del cielo, y prestaba algo de indeciso al pálido dia del invierno. No habia allí luz débil, sino luz turbia.

Cuando pasaba algunos instantes allí el prisionero empezaba penosamente á ver, y hé aquí lo que encontraba allí á

su alrededor: paredes blanqueadas con cal y verdeando aquí y allá por causa de diversas emanaciones; en un rincon un agujero redondo con barrotes de hierro que exhalaba pestífero olor; en otro rincon una tablilla que giraba sobre una bisagra, como la bigotera de un coche, que podia servir de mesa, pero no de cama, y una silla de paja. El suelo era de ladrillos. La oscuridad causaba la primera impresion; el frio la segunda.

El prisionero se veía allí solo, yerto, en aquella semi-oscuridad, pudiendo solo pasear de arriba á bajo en un espacio de ocho piés cuadrados, como lobo enjaulado, ó permanecer sentado, como un idiota en Bicetre.

Un antiguo republicano, que despues fué miembro de la mayoría y bonapartista por añadidura, Emilio Leroux, que fué conducido á Mazas por equivocacion, tomándole por otro representante del mismo nombre, al encontrarse en la celda se echó á llorar de rabia. Pasaron allí tres, cuatro y cinco horas. Algunos no habian comido desde por la mañana; otros, emocionados por el golpe de Estado, no habian almorzado siquiera y tenían hambre. Cuando creian que iban á olvidarles sonó una campana de la prision, abrieron el ventanillo de la puerta y una mano tendió al prisionero una taza de estaño y un pedazo de pan. El prisionero cogia ávidamente el pan y la taza; el pan era negro y pegajoso y la taza contenia una especie de agua espesa, caliente y rojiza. Nada era comparable al olor de semejante sopa; el pan olía á moho.

Por hambrientos que estuvieran los prisioneros, el primer movimiento de la mayor parte de ellos era arrojar el pan y vaciar la taza por entre los barrotes de hierro; pero como pasaban las horas y el estómago reclamaba alimento imperiosamente, recogian el pan y acababan por comérselo.

Allí reinaba soledad absoluta y profundo silencio. Sin embargo, cuando transcurrieron algunas horas, Emilio Leroux oyó á su derecha y á la otra parte de la pared una especie de toque singular, á intervalos y producido en intermitencias desiguales. Prestó el oido y oyó en el mismo instante otro toque igual, á la izquierda, á la otra parte de la pared. Le alegró oír aquel ruido; creyó que le hacian sus colegas prisioneros, y comenzó á gritar:—“Ah! Ah! ¡Tambien estais ahí vosotros!” No habia terminado aun la frase cuando la puerta de la celda

se abrió con gran rechinar de gongos y de cerrojos, y un carcelero apareció furioso, gritándole:

—Silencio!

El representante del pueblo, atónito, quiso replicarle.

—¡Silencio, replicó el carcelero, ú os meto en el calabozo!

Aquel esbirro hablaba al prisionero como el golpe de Estado hablaba á la nacion.

Emilio Leroux, acostumbrado al parlamentarismo, pretendió insistir, y le dijo:

—¿No puedo responder á las señas que me hacen dos colegas míos?

—Dos colegas vuestros! replicó el carcelero; son dos ladrones. Se marchó, cerrando la puerta y riéndose á carcajadas.

Efectivamente, entre dos ladrones estaba, no crucificado, pero sí encerrado, Emilio Leroux.

La prision de Mazas está tan ingeniosamente construida, que aunque se hable en voz baja se oyen las palabras de una celda á otra; no hay, por lo tanto, verdadero aislamiento; por eso impone silencio vigoroso la lógica perfecta y atroz del reglamento. Los ladrones han ideado un sistema telegráfico de golpes, y de este modo quitan en parte la fuerza del reglamento. Emilio Leroux había sorprendido un diálogo empezado.

Tal era la vida de los representantes en Mazas. Los ladrones, como acabamos de saber, también van á esa cárcel; pero á los que saben oficio se les permite trabajar, á los que saben leer les proporcionan libros, á los que saben escribir les dan escritorio y papel, y á todos les conceden la hora de paseo que exige la higiene y que el reglamento autoriza.

A los representantes no se les concedió nada de esto; tenían que estar siempre sentados en una silla con las piernas y los brazos cruzados, sin poder acostarse, porque allí no había cama.

A las ocho de la noche el carcelero entraba en la celda, extendía y desplegaba un objeto que estaba enrollado en una tabla cerca del techo: era una hamaca. Después que la fijaba, colgaba y extendía, el carcelero salía, dando al prisionero las buenas noches. Dentro de las hamacas había una manta de lana y en algunas un colchón de dos pulgadas de grueso; el prisionero se envolvía en la manta y probaba á dormir, pero solo conseguía tiritar. Ni siquiera podía seguir acostado en la hamaca al día siguiente, porque á las siete de la mañana

aparecía otra vez el carcelero, daba los buenos días al representante, le hacía levantar y arrollaba la hamaca en su nicho. Lo tenían así dispuesto; la hamaca servía de noche y la silla de día.

Seríamos injustos, sin embargo, si no dijésemos que algunos obtuvieron camas. Entre otros, los señores Thiers y Roger; á Grevy no se la concedieron.

Mazas es una cárcel modelo, porque es preferible á los plomos de Venecia y al calabozo subfluvial del Chatelet. La construyó la filantropía doctrinaria, y sin embargo, como acabamos de ver, Mazas deja mucho que desear. Debemos confesar que, bajo cierto punto de vista, no nos desagrada el encierro momentáneo de los legisladores en Mazas. Vemos algo providencial en el golpe de Estado. La Providencia, encerrando en Mazas á los legisladores, ha realizado un acto de buena educación. No es inútil que los que construyen y administran las prisiones las prueben.

XVI.

El incidente del boulevard San Martín.

Quando Charamaule y yo llegamos al número 70 de la calle Blanche, un hombre, que llevaba uniforme de alférez de marina, se paseaba de arriba á bajo por delante de la puerta.

La portera, que nos reconoció, nos lo hizo notar.

—Pasearse de ese modo y vestirse así es propio de un polizonte, me dijo Charamaule.

Entramos en la casa y subimos. La sala y la antesala estaban llenas de representantes, á los que se les habían unido muchas personas extrañas á la Asamblea. Había allí también algunos antiguos miembros de la Constituyente, entre otros Bastiote, y muchos periodistas demócratas. Alejandro Rey y Leopoldo Duras representaban á *El Nacional*. Javier Durrieu, Vasbeuter y Watrison representaban *La Revolucion*; H. Coste al *Avenement du Peuple*; casi todos los demás redactores de dicho periódico estaban presos.

Sesenta miembros de la izquierda próximamente se habían reunido allí.

Todos estaban de pié y conversaban moviendo gran murmullo. Leopoldo Duras acababa de referir que habían sitiado al café Bouvalet. Julio Favre y Baudin, sentados junto á una mesa, entre dos ventanas, escribían. Baudin tenía

delante un ejemplar de la Constitución abierto y estaba copiando el artículo 68.

Cuando nosotros entramos hubo un instante de silencio, pero en seguida nos preguntaron:

—¿Qué hay de nuevo?

Charamaule contó lo que acababa de pasar en el boulevard del Temple y el consejo que creyó conveniente darme, que mereció la aprobación de los asistentes. Por todas partes se hacía esta pregunta:—¿Qué hacemos?

Tomé la palabra y dije:

—Ir al punto de la dificultad. Luis Bonaparte gana terreno y nosotros lo perdemos; ó por mejor decir, tiene de su parte todas las ventajas y nosotros no tenemos ninguna. Hemos tenido que separarnos Charamaule y yo del coronel Forestier, que dudo que consiga nada en favor de nuestra causa. Luis Bonaparte hace todo lo que puede para anularnos, y esto es lo que es preciso impedir. Es necesario que conozca que vivimos. Debemos soplar al principio del incendio, cuyas primeras chispas hemos visto saltar en el boulevard del Temple. Debemos redactar una proclama, hacer que la imprima cualquiera y que se fije en las esquinas de cualquier modo, pero pronto, inmediatamente. Una proclama de pocas frases, de diez líneas, que sea un llamamiento á las armas. Representamos á la ley, y hay días en que la ley debe lanzar el grito de guerra. Realicemos el acto grandioso y terrible de que la ley arroje fuera de sí al traidor.

—Sí, eso es, una proclama! dijeron muchas voces.

—Dictad! dictad! exclamaron otros.

—Dictad y yo escribiré! añadió Baudin.

Dicté lo siguiente:

“Al pueblo.

„Luis Napoleon Bonaparte es un traidor.

„Ha violado la Constitución.

„Es perjuro.

„Está fuera de la ley...”

De todas partes gritaban:

—Eso es! ¡Declarémosle fuera de la ley! Continúa.

Seguí dictando: Baudin escribía:

“Los representantes republicanos recuerdan al pueblo y al ejército el artículo 68 y el art. 110, que están concebidos en los siguientes términos:—“La Asamblea Constituyente confía la actual Constitución y los derechos que consagra á la custodia del patriotismo de todos los

franceses.”—El pueblo, de hoy en adelante y para siempre ya en posesión del sufragio universal, y que no necesita que ningún príncipe se lo devuelva, sabrá castigar al que se rebela contra él.

„Que el pueblo cumpla con su deber, que los representantes republicanos irán al frente.

„Viva la República! A las armas!”

Se oyó un aplauso unánime.

—Firmemos todos, dijo Pelletier.

—Pensemos en buscar en seguida una imprenta, dijo Schœlcher, y fijemos la proclama inmediatamente.

—Antes de que anochezca, dijo uno de los representantes.

—Sacar en seguida muchas copias, gritaron muchas voces.

Baudin, silencioso y rápido, había sacado ya una copia de la proclama. Un joven, redactor de un periódico republicano de los departamentos, salió de entre la multitud para decir que, si le daban una copia en seguida, se comprometía á que dentro de dos horas estuviese fija en todas las esquinas de París.

Yo le pregunté:

—¿Cómo os llamais?

—Milliere, me respondió.

De este modo apareció ese redactor en los días tristes de nuestra historia. Parece que veo aun aquel joven pálido, de mirada penetrante y suave á la vez, de perfil expresivo y siniestro. El asesinato y el panteón le esperaban.

Baudin le enseñó la copia que acababa de escribir. Milliere se le acercó para tomarla.

—No me conoceis, le dijo, pero yo sí que os conozco; sois Baudin. Este le tendió la mano.

Yo asistí á aquel apretón de manos de aquellos dos espectros.

Javier Durrieu, redactor de *La Revolucion*, hizo el mismo ofrecimiento que Milliere.

Una docena de representantes tomaron plumas y se sentaron alrededor de la mesa, otros se pusieron un pliego de papel sobre las rodillas, y me dijeron:

—Dictadnos la proclama.

Cuando antes dicté á Baudin: “Luis Napoleon Bonaparte es un traidor”, Julio Favre pidió que borrara la palabra *Napoleon*, que era un nombre de gloria fatalmente poderoso para el pueblo y para el ejército, y que pusiera solo: “Luis Bonaparte”.

—Teneis razon, le contesté.

Se escribieron doce copias á la vez en

muy pocos minutos. Schœlcher, Javier Durrieu y Milliere tomaron una cada uno y se marcharon en busca de una imprenta.

Apenas salieron, cuando un hombre á quien yo no conocia, pero que recibieron amablemente algunos representantes, entró y dijo:

—Ciudadanos, esta casa es sospechosa ya. Las tropas vienen á cercarla; no debéis perder ni un instante.

En seguida se oyeron muchas voces que decían:

—Que nos prendan!

—Qué nos importa?

—Que consumen un crimen!

—Compañeros, grité yo, no nos dejemos prender. Despues de luchar que suceda lo que Dios quiera, pero no nos entreguemos antes de combatir. De nosotros espera el pueblo el impulso; si nos prenden, todo acabó ya. Nuestro deber consiste en empeñar la batalla y nuestro derecho en cruzar las espadas con el golpe de Estado. Es indispensable que nos busquen y que no nos encuentren; engañemos al brazo que se extiende hácia nosotros para cogernos; ocultémonos de Bonaparte, hostiguémosle, fatiguémosle, asombrémosle, estando siempre á su vista y jamás al alcance de su mano. No abandonemos el campo.

Aprobaron mi idea, y luego tropezamos con la dificultad de á dónde debíamos ir.

Labrousse dijo:

—Beslay, nuestro antiguo colega de la Constituyente, nos ofrece su casa.

—Dónde vive?

—Calle de la Cerisaye, núm. 33, en el Marais.

—Pues bien, repliqué, separémonos, y dentro de dos horas nos volveremos á reunir en casa de Beslay.

Todos salieron, unos despues de otros y en diferentes direcciones. Rogué á Charamaule que fuese á mi casa á esperarme, y salí á pié con Noel, Parfait y Laton.

Llegamos al barrio, que rodea el muro de la ronda y que estaba entonces aun inhabitado. Al llegar á la esquina de la calle Pigalle vimos á unos cien pasos de nosotros, en las callejuelas desiertas que le cortan, á los soldados que se dirigian hácia la calle Blanche.

A las tres, los miembros de la izquierda volvian á encontrarse en la calle de la Cerisaye. Pero habia corrido la noticia y los habitantes de aquellas solitarias calles salian á las ventanas para ver

pasar á los representantes; el punto de la reunion, situado y encerrado en el fondo de un patio accesorio, era peligroso en el caso de ser cercados; reconocimos inmediatamente estos inconvenientes y la sesion fué brevísima. La presidieron Joly, Javier Durrieu y Julio Gouache, redactores de *La Revolution*; asistieron á ella varios proscritos italianos, entre otros el coronel Carini y Montanelli, antiguo ministro del gran duque de Toscana.

Madier de Montjau trajo noticia de las afueras de Paris. El coronel Forestier refirió los obstáculos con que habia tropezado para reunir á la 6.^a legion. Me instó á que firmáramos Michel de Bourges y yo su nombramiento de coronel; pero mi compañero estaba ausente, y ni él ni yo habíamos recibido este mandato de la izquierda. Sin embargo, con todas estas reservas le extendí el nombramiento á sus instancias. Los inconvenientes se iban multiplicando. La proclama no estaba aun impresa y se nos echaba encima la noche. Schœlcher nos refirió que todas las imprentas estaban cerradas y vigiladas, y que habia un bando en las esquinas que disponia que el que imprimiera un llamamiento á las armas seria fusilado; nos dijo tambien que los obreros estaban aterrados y que carecíamos de recursos. Entonces se puso un sombrero en una mesa y cada uno de los asistentes dejó en él el dinero que llevaba; de este modo reunimos algunos cientos de francos.

Javier Durrieu, cuyo ardimiento nunca se desmintió, afirmó otra vez que él se encargaba de la impresion, y nos prometió que á las ocho de la noche tendríamos cuarenta mil ejemplares de la proclama. Nos separamos, señalando por punto de cita el local de la Asociacion de ebanistas, situado en la calle Charonne, donde nos habíamos de reunir á las ocho de la noche, dando algun tiempo para que la situacion se despejase. Cuando atravesamos la calle Beautreillis, ví que Pedro Leroux se acercaba hácia mí, diciéndome:—Creo que la lucha es inútil. Soy vuestro amigo, aunque veo las cosas bajo diferente punto de vista. Id con cuidado. Es tiempo aun de detenernos; vais á entrar en las catacumbas, y en las catacumbas se encuentra la muerte.

—Y tambien la vida, le contesté.

En aquel momento recordaba con alegría que mis dos hijos estaban presos, y que el sombrío deber de combatir en las

calle se me imponia en aquellos momentos.

Faltaban cinco horas para el momento de la cita; quise aprovecharlas para volver á casa y abrazar á mi esposa y á mi hija, antes de precipitarme en aquella incógnita que se presentaba abierta y tenebrosa, y en la que muchos de nosotros iban á entrar para no salir.

Arnaud me daba el brazo; los proscritos italianos Carini y Montanelli me acompañaban. El segundo me decía:

—El derecho debe vencer, y por lo tanto vencereis vosotros. Dios quiera que esta vez Francia no sea egoista como en 1848 y liberte á Italia.

—Libertará á Europa! le respondí.

Estas eran nuestras ilusiones de entonces y son nuestras esperanzas hoy. La fé así está forjada; la oscuridad prueba que existe la luz.

Nos encaminamos al punto de parada de los coches en el portal de San Pablo. En la calle de San Antonio zumbaba el ruido indescriptible que precede á las extrañas batallas de la idea contra el hecho que se llaman revoluciones. El punto de coches de San Pablo estaba desierto. Los cocheros habian previsto la posibilidad de que allí se levantasen barricadas y habian abandonado el punto.

Arnaud y yo nos hallábamos á una legua de distancia de nuestras casas; era imposible andarla á pié por medio de Paris y exponiéndonos á ser reconocidos á cada instante. Dos transeuntes que pasaron por nuestro lado nos sacaron de este apuro. Uno le decía al otro:—Los coches de los boulevares corren todavía.

Nos aprovechamos del aviso y fuimos á buscar el ómnibus de la Bastilla, en el que subimos los cuatro.

Con razon ó sin ella, yo sentia que hubiéramos dejado escapar la ocasion que se nos presentó por la mañana, porque abrigo la creencia de que en esos dias decisivos, esos instantes llegan y no vuelven ya otra vez. Existen dos teorías revolucionarias, la de hacer levantar al pueblo ó la de esperar que se levante. Profeso la primera, pero por espíritu de disciplina obedecia la segunda. Me apesadumbraba que el pueblo se nos hubiera ofrecido y no le hubiéramos aprovechado: ahora nos correspondia á nosotros no ofrecernos, sino entregarnos.

El ómnibus habia echado á andar; iba lleno. A medida que avanzábamos por el centro de Paris la muchedumbre era

más compacta en el boulevard; cuando entró por la puerta de San Martín, un regimiento de caballería llegaba en sentido opuesto. Eran coraceros, que desfilaban al trote largo y con el sable desnudo. El pueblo desde las aceras se volvía para verlos pasar, pero sin lanzar un solo grito. El pueblo taciturno y los soldados triunfantes ofrecían un espectáculo que me estremeció.

De repente el regimiento hizo alto; no sé qué obstáculo en el sitio estrecho del boulevard que pasamos obstruyó momentáneamente su marcha. Al detenerse el regimiento se detuvo tambien el ómnibus, obligándonos á tener ante nuestra vista á aquellos soldados que apretaban sus caballos contra los caballos de nuestro carruaje, á aquellos franceses convertidos en mamelucos, á aquellos ciudadanos, combatientes de la gran República, transformados en rufianes del Bajo Imperio. Casi los podia tocar con la mano y no pude contenerme.

Bajé el cristal del ómnibus, saqué fuera la cabeza, y mirando fijamente la línea compacta de soldados frente á mí, grité:—Abajo Luis Bonaparte! ¡Los que sirven á los traidores tambien son traidores!

Los soldados que estaban más cerca de mí volvieron la cabeza y me miraron como se mira á los borrachos; los otros no se movieron, permaneciendo en su lugar descanso, con la visera del casco sobre los ojos y los ojos fijos en las orejas de los caballos. Tienen las cosas extraordinarias inmovilidad de estatuas, y las cosas despreciables inmovilidad de maniqués. La obediencia pasiva al crimen convierte en maniquí al soldado.

En cuanto yo grité, Arnaud se volvió bruscamente, bajó su cristal, y sacando medio cuerpo fuera del ómnibus, gritó, extendiendo los brazos hácia los soldados:—Abajo los soldados traidores!

El ejemplo fué contagioso y eléctrico. —Abajo los traidores! gritaron Carini y Montanelli.

—Abajo el dictador! dijo con voz sonora un generoso jóven, que no conocíamos y que estaba sentado junto á Carini.

A excepcion de él, todos los que iban en el ómnibus parecia que estaban sobrecogidos de espanto.

—Callaos! gritaban asustados. ¡Nos van á matar á todos!

Un hombre más aterrado que los otros bajó el cristal y comenzó á vociferar:—

Viva el príncipe Napoleon! ¡Viva el emperador!

Pero nosotros éramos cinco y ahogá- bamos su grito con nuestra obstinada protesta.

Los soldados escuchaban con sombrío silencio.

Un brigadier se volvió hacia nosotros con aire amenazador y agitando la espada. La muchedumbre lo vió con terror.

¿Qué pasaba por mí en aquellos momentos? No sé explicarlo. Cedió una vez al cálculo, encontrando la ocasion propicia, y cedí otra vez al furor, encontrando la ocasion insolente. Una mujer nos gritaba desde una acera:—“Van á acuchillaros.” Creía que iba á producirse un choque, brotando la chispa de la muchedumbre ó del ejército. Esperaba un sal- blazo de los soldados ó un grito de cólera del pueblo. Pero no sucedió nada de lo que temía. La tropa no se movió y el pueblo permaneció silencioso.

El hombre tenebroso del Eliseo no había sin duda previsto el caso de que insultasen su nombre, lanzando el insulto á quemarropa de sus soldados, que permanecieron inermes por no haber recibido órdenes para semejante caso; pero las recibieron por la noche, segun se observó al día siguiente.

Poco despues, el regimiento partió al galope y el ómnibus echó á andar. En la calle de Laffitte nos apeamos. Carini, Montanelli y Arnaud se separaron de mí y yo me dirigí solo á la calle de la Tour-d' Auvergne. La noche iba adelantando. Cuando volví la esquina de la calle pasó un hombre cerca de mí, que era un obrero de una tenería inmediata, que conocí á la luz de un farol, el que con rapidez me dijo en voz baja:—“No sigais adelante, que la policia está cercando vuestra casa.” Volví á bajar hácia el boulevard por las calles que entonces estaban en proyecto y sin construir, y que dibujan una Y debajo de mis ventanas, por detrás de mi casa. Viéndome privado de abrazar á mi mujer y á mi hija, pensé en lo que podria hacer en el tiempo que me quedaba hasta la hora de la cita. Me ocurrió una idea.

XVII.

Contra-golpe del 24 de Junio contra el 2 de Diciembre.

El domingo 26 de Junio de 1848, el poderoso combate de cuatro dias,

formidable y heróico por ambas partes, duraba aun, pero la insurreccion estaba casi vencida y circunscrita únicamente al arrabal de San Antonio. Cuatro hombres de los más intrépidos que defendieron las barricadas de la calle del Pont-aux-Chaux, de la calle de Saint-Claude y de la de Saint-Louis en el Marais, se escaparon despues que fueron tomadas y se refugiaron en una casa de la calle de San Anastasio, número 12, en la que los ocultaron en el desvan. Los guardias nacionales y los guardias móviles los buscaban para fusilarlos, y yo lo supe. Era yo uno de los sesenta representantes que envié la Asamblea Constituyente al centro de la batalla, con la mision de preceder por todas partes á las columnas de ataque, de llevar con peligro de la vida ideas de reconciliacion á las barricadas y de impedir la efusion de sangre y atajar la guerra civil. Fui á la calle de San Anastasio y salvé á los cuatro hombres. Uno de ellos era un pobre obrero de la calle de Charonne, cuya mujer iba en aquel instante de parto y el infeliz lloraba. Al oír sus sollozos y ver sus harapos, se comprendia que había brincado de un solo salto estos tres pasos: miseria, desesperacion y alzamiento. Su jefe era un jóven pálido, rubio, de pómulos abultados, de frente inteligente, de mirada enérgica y resuelta. En cuanto le dije mi nombre al ponerle en libertad, lloró tambien y me habló así:

—Lloro porque no puedo olvidar que hace una hora estábais enfrente de nosotros y yo deseaba que el cañon de mi fusil tuviese ojos para veros y mataros.

Luego añadió:
—En los tiempos que vivimos, quizás pueda serviros alguna vez; si me necesitais para algo, disponed de mí.

Se llamaba Augusto y era dueño de una taberna en la calle de la Roquette.

Desde aquella época solo volví á verle una vez, el 26 de Agosto de 1849, el día en que yo llevaba una cinta del carro fúnebre de Balzac. Fui con el cortejo fúnebre al cementerio del Padre Lachaise; la tienda de Augusto estaba en el camino, y había mucha gente por todas las calles que el cortejo atravesaba. Vi á Augusto en el umbral de la taberna con su jóven esposa y con dos ó tres obreros. Cuando pasé me saludó.

Este recuerdo se despertó en mi memoria cuando bajaba por las calles desiertas que están detrás de mi casa; el 2 de Diciembre me hizo pensar en él; creí que

podria darme algunos datos relativos al arrabal de San Antonio y ayudarnos á la sublevacion. Dicho tabernero me parecia á la vez soldado y jefe, y acordándome del ofrecimiento que me hizo, juzgué conveniente verle. Empecé por buscar en la calle de San Anastasio á la mujer intrépida que ocultó á Augusto y á sus tres compañeros y que luego en muchas ocasiones les había prestado auxilio; roguéla que me acompañara y accedió.

El aspecto que presentaban los boulevares, al bajar desde el de los Italianos hasta el de Marais, me sorprendió. Las tiendas estaban abiertas por todas partes como ordinariamente. Habia allí poco aparato militar; pero muchos grupos y profunda agitacion en los barrios ricos, y á medida que iba entrando en los barrios populares, veia que reinaba en ellos la soledad. Delante del café Turco había un regimiento formado en batalla. Un tropel de jóvenes de blusa pasó ante él cantando la *Marsellesa*. Yo les grité:—“A las armas!” El regimiento no se movió. Un farol alumbraba en la pared inmediata los carteles de los espectáculos, que leí al pasar. En el teatro de los Italianos representaba *Hernani* un tenor nuevo, que se llamaba Guasco.

En la plaza de la Bastilla había, como siempre, transeuntes tranquilos. Un grupo de obreros junto á la columna de Julio hablaban en voz baja. Tras los cristales de una taberna dos hombres disputaban en contra y en pró del golpe de Estado; iba de blusa el que lo defendia y de chaqueton el que lo atacaba. A pocos pasos de allí, un prestidigitador al lado de una mesa y entre cuatro velas hacia juegos de cubiletes, en medio de la multitud, que indudablemente solo pensaba en el titiritero. Hácia las oscuras soledades del muelle de Mazas se entreveian en la oscuridad baterias en tren de marcha. Antorchas encendidas aquí y allá dibujaban la silueta negra de los cañones.

Me costó bastante trabajo encontrar en la calle de la Roquette la puerta de la casa de Augusto. Como casi todas las tiendas estaban cerradas, la calle estaba muy oscura. Al fin, al través de un escaparate de cristales vi una luz que alumbraba un mostrador de estaño; más allá del mostrador, y á través de cristales tambien, se divisaban vagamente otra luz y dos ó tres hombres sentados á una mesa. Aquella era la taberna que yo buscaba.

Entré, y al abrirse la puerta hice sonar una campanilla. Al sonar el campanillazo, la puerta vidriera que separa la tienda de la trastienda se abrió y apareció Augusto.

Me reconoció y salió á recibirme, diciéndome:

—Ah! Señor! Sois vos?

—Sabeis lo que pasa? le pregunté.

—Sí, señor.

Aquel sí, señor, pronunciado con calma y con cierta turbacion, me lo explicó todo. Esperaba encontrar un hombre indignado y encontré un hombre pacífico; me pareció estar hablando con el barrio entero de San Antonio. Comprendí que por esa parte nada debía esperar; pero, sin embargo, probé.

—Luis Bonaparte hace traicion á la República, le dije, sin advertir que levantaba la voz.

El tabernero me tocó el brazo, y señalándome á los dos hombres que se veian tras los cristales de la trastienda, me recomendó que no hablara tan fuerte.

—Cómo! exclamé; ¿no os atreveis á pronunciar en voz alta el nombre de Bonaparte aquí, en el arrabal de San Antonio, en donde todas las puertas, todas las ventanas y todos los pisos debian gritar: A las armas!

Augusto me refirió lo que yo ya entreveia; que el pueblo estaba atontado, que creía que el sufragio universal se restablecia, y que la abolicion de la ley del 31 de Marzo era conveniente. Al llegar aquí le interrumpí:

—Pero Luis Bonaparte es el que quiso promulgar la ley del 31 de Mayo; Boucher la discurrió, Baroche la propuso y los bonapartistas la votaron. Estais alucinados, porque el ladron que os robó la bolsa os la devuelve.

—Yo no, contestó Augusto, pero los otros sí.

Me refirió que el pueblo decia que la Constitucion no lo contenia todo; que querian República, pero que la República se conservaba; que en todo aquello no veian más que cañones dispuestos á ametrallar; que se acordaban de Junio de 1848; que habían sufrido mucho en las barricadas, pero que á pesar de eso, si se pusieran hombres como nosotros á la cabeza quizás se batirian, pero que les contenia el no saber por quién iban á luchar. Terminó diciéndome que la parte alta del arrabal no estaba muy dispuesta, pero que la parte baja se batiria. “En cuanto á mí, si conservo la vida á vos os la debo. Mandad;